

Danubio Torres Fierro

CONTRA EL PSICOANALISIS DOGMATICO

ENTREVISTA A JEAN LAPLANCHE

Jean Laplanche, de 58 años de edad, de formación filosófica y médica, es una de las figuras más importantes del movimiento psicoanalítico francés —un movimiento, añádase, dividido en múltiples sectas, grupos y grupúsculos, aunque no por ello menos fecundo. Laplanche es miembro de la Asociación Psicoanalítica Francesa, director de la revista *Psychanalyse à la Université*, que publica la Universidad de París VII, y director del Laboratorio de Psicoanálisis de la misma universidad. Entre sus libros hay que mencionar su (famoso) *Vocabulario del psicoanálisis*, *Hölderlin y el problema del padre*, *Vida y muerte en psicoanálisis*, *Interpretar a Freud* y la serie titulada *Problématiques*, que incluye ensayos sobre “La angustia”, “La sublimación”, “Castración y simbolizaciones” y “El inconsciente y el Ello”. Esta entrevista fue realizada el año pasado, aprovechando la estancia en México de Laplanche, quien llegó a dictar tres conferencias invitado por la Universidad Nacional Autónoma de México y el Instituto Francés para América Latina. Aun cuando algunas de sus afirmaciones exigen conocer antecedentes y a veces —y necesariamente— incurren en un lenguaje especializado, que no siempre marcha de acuerdo con el español estricto, la *Revista de la Universidad* entiende que con materiales como éste cubre una zona de información desdeñada hasta ahora en el ámbito cultural mexicano.

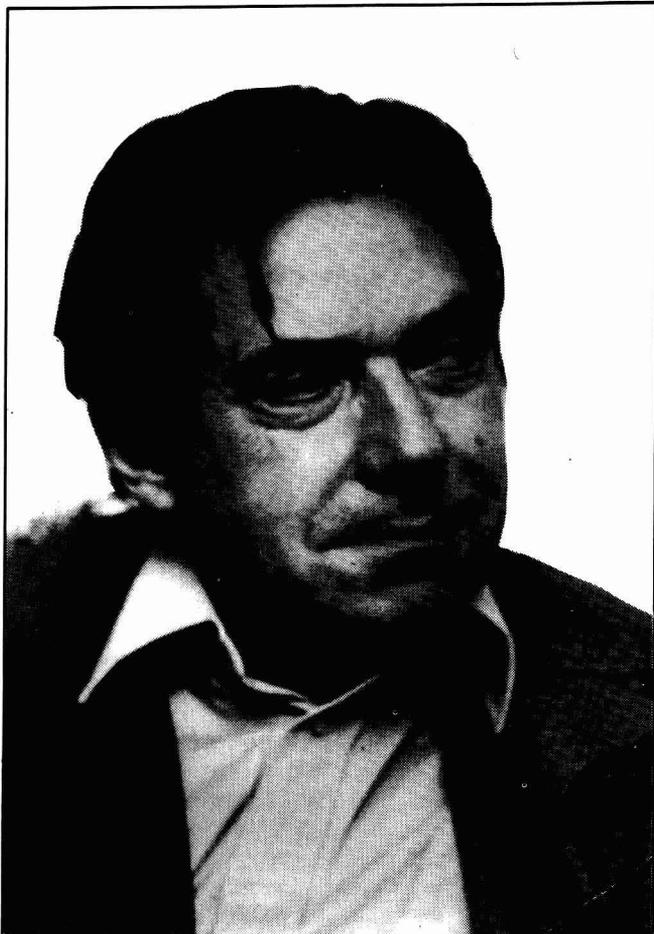
—Hay un hecho nuevo, inédito hasta ahora, sobre el cual le hago la primera pregunta de esta entrevista: ¿qué piensa de la introducción del estudio y la enseñanza del psicoanálisis en la universidad?

—Comencemos por decir que el psicoanálisis existe en la universidad desde hace mucho tiempo pero que sólo desde fecha reciente el psicoanalista entró allí como psicoanalista —y no como mero especialista portador de su saber. Si nos atenemos a la situación francesa, que es la que mejor conozco, podemos decir que antes de 1968 había allí personas como Lagache, por ejemplo, que eran psicoanalistas y que, al mismo tiempo, hablaban de psicología o psicopatología y empleaban las nociones del psicoanálisis. Pero insisto, y a la vez respondo su pregunta, en el hecho de que sólo desde hace algunos pocos años los psicoanalistas están en la universidad y hablan allí de psicoanálisis. Y a partir de esa situación concreta se plantea el problema de saber cómo pueden estar los psicoanalistas en la Universidad y cómo se puede o se debe hablar del psicoanálisis dentro de esa institución. Empecemos entonces por señalar que un psicoanalista puede estar en una universidad en la medida en que ya existe una crítica

de ese lugar. Es sabido que en este momento se cuestiona a la universidad tildándola de dogmática, y que como consecuencia de ello ciertas formulaciones asimilan el saber universitario, o la enseñanza universitaria, al dogmatismo. A mi entender se trata de una concepción errónea. Hay dogmáticos en la universidad y fuera de ella; y yo pienso que la universidad, cuando ejerce su función, cuando es auténticamente abierta —y *universitas* quiere decir apertura—, es lo contrario del dogmatismo. Ahora bien: es evidente, además, que el psicoanálisis no se presta a una enseñanza dogmática. De ninguna manera. Rechazamos, entonces, que la universidad quiera reducir a Freud —por ejemplo— a lugares comunes o a la vulgarización de manuales. Así, nuestra enseñanza es esencialmente problemática. Es decir: replanteamos las preguntas fundamentales a partir de nuestra experiencia clínica y teórica y lo hacemos —repito— a través de una enseñanza problemática —no de una enseñanza que aporte datos. ¿A qué nivel se sitúa esa enseñanza? Se sitúa en lo que llamamos unidades de enseñanza e investigación, que son departamentos de investigación donde se forman los psicólogos en el sentido más amplio del término. Esos psicólogos obtienen un diploma que no es diploma de psicoanalista; sin embargo, es esencial que estén informados, y más que informados que entiendan en profundidad lo que es el psicoanálisis desde sus fundamentos. Aclaro: hablo solamente del nivel de la enseñanza que se imparte antes de la graduación. Pero a esta altura debemos enfrentar la cuestión que estamos tratando en otros términos: si los psicoanalistas no estuvieran en la universidad, ¿que sucedería entonces? Todo el mundo se ocupa del psicoanálisis hoy en día, y la comprobación a la que llegamos es que cuando menos están los psicoanalistas en la universidad más se habla de modo vago y generalizado del tema, más se vulgarizan las teorías de Freud. Usted sabe que el psicoanálisis es un fenómeno cultural, y que como tal resulta imposible de evitar y, a la vez, difundirlo de manera académica en la universidad. Así, la presencia del psicoanálisis en la universidad no es una forma de expansionismo sino, por el contrario, un modo de limitarlo y circunscribirlo. Le doy un ejemplo: yo soy respetable de la enseñanza del psicoanálisis en mi unidad y mi deseo es que no se disperse: que se hable, sí, del psicoanálisis pero en lugares muy precisos, cerrados, bien delimitados. De ahí que, además, su estudio aparezca cuando el curso de un alumno se encuentra muy adelantado. Soy de la opinión de que el psicoanálisis no puede ser impartido desde el comienzo de los estudios a alumnos que todavía carecen de una experiencia general, tanto clínica como teórica.

N. de R. Las tres conferencias que se mencionan aquí serán publicadas en *Trabajo del psicoanálisis* (ver página 50).

—¿Cuál es entonces el criterio que se sigue para con los jóvenes?



Jean Laplanche.

—Con respecto a este punto tenemos una posición muy especial. Incluso para los estudios de psicología desconfiamos de la gente joven, y de ahí que descreamos de esa idea tan difundida que asegura que alguien de dieciséis o dieciocho años, que es la edad en que se termina el bachillerato, pase a estudiar cuatro años de psicología, obtenga un diploma y ya a los veintitrés o veinticinco años se haga cargo de personas que tienen una experiencia de la vida considerable. Eso sueña a aberración. La psicología no es una técnica, al menos en el sentido de que alguien pueda convertirse en el técnico de una máquina. El hombre se desarrolla a través de la experiencia, y eso de que personas de cuarenta o cincuenta años, o incluso ancianos, puedan ser ayudados y aconsejados por quienes tienen apenas veintitantos años asoma como poco serio. Por esas razones —y ahora no sólo le hablo como psicoanalista sino también como psicólogo y psiquiatra— damos una mayor preferencia a los estudiantes que llegan a hacer sus estudios de psicología después de haber hecho otra especialidad, ya sea dentro del campo teórico o del de la práctica social, que a aquéllos que vienen directamente después de finalizar su bachillerato.

—Hasta ahora ha hablado de la presencia del psicoanálisis en los estudios de psicología. Me gustaría que en adelante lo hiciera del psicoanálisis en los niveles en que se convierte en objeto de estudio, es decir en los cursos de postgrado.

—Ahí se debe ser muy claro. En ningún caso la universidad podrá impartir una formación para que alguien se convierta

en psicoanalista. Por mi parte, soy contrario a cualquier institucionalización de la práctica psicoanalítica y, como estimo que la formación de un psicoanalista pasa necesariamente por la experiencia de su propio psicoanálisis, pienso que ésta no debe estar en ningún caso sometida a una institución. Es más: es contrario a la idea del psicoanálisis mismo que ese psicoanálisis personal del futuro psicoanalista pueda estar integrado a una institución. Y aquí preciso que no sólo pienso que ese psicoanálisis no puede estar integrado a la institución universitaria sino que no puede estarlo a ninguna institución psicoanalítica.

—Según ese punto de vista, usted se opone al llamado análisis didáctico.

—En efecto. Estoy en contra del psicoanálisis didáctico, y cuando se me habla de él lo meto entre comillas para señalar que, según mi parecer, tal cosa no es un psicoanálisis porque un psicoanalista no puede proponerse “metas”, cualesquiera que ellas sean —y menos metas de *carrera* u *oficio*. El psicoanálisis es un proceso personal que debe dar a cada una claridad acerca de sus propios deseos, pero esos deseos no deben darse por supuestos de antemano (como, por ejemplo, y en el caso, el deseo de hacerse psicoanalista). Si esa es mi posición frente a las instituciones psicoanalíticas, tanto más lo es frente a lo que podríamos llamar la institucional institucional o, si se prefiere, nacionalizada, ya que en mi país todas las universidades son nacionalizadas. La pregunta que surge es de qué manera se explica entonces que en mi departamento de estudios se entregue un diploma que se titula de “doctorado en psicoanálisis”. Aquí aclaro algo elemental: al igual que un título de doctor en Letras no significa que alguien ha llegado a ser escritor, tampoco un psicoanalista es quien ha alcanzado su título. Durante el estudio del doctorado de psicoanálisis lo que se hace en la universidad es, fundamentalmente, una tarea de investigación (sobre casos clínicos, sobre el movimiento psicoanalista, sobre las cuestiones teóricas más importantes). Por otra parte, y esto es decisivo, allí el estudio no está dominado por una sola corriente del psicoanálisis. Hay psicoanalistas de todas las tendencias.

—¿Cómo se logra esa amplitud de criterio en un país como Francia, infestado de sociedades psicoanalíticas?

—Al seleccionar a nuestros profesores somos lo suficientemente liberales como para elegirlos de todas las tendencias. Mi único dogmatismo es estar en contra de los dogmáticos, y las únicas personas a las que rechazaría serían aquellas que en un momento determinado me rechazaran a mí (es decir: a quienes están dominados por puntos de vista estrechos). “Nada de libertad para los enemigos de la libertad” —esta es una verdad en cualquier lugar, sobre todo debe aplicarse en una universidad.

—Y bien, ¿podemos hablar ahora de sus conferencias en México?

—Como sabe di tres conferencias. La primera la titulé: “¿Hay que quemar a Mélanie Klein?”

—¿Cuál es la razón de que haya comenzado con este tema, y a la vez cual es la razón de que haya elegido ese nombre?

—Creo que es importante porque Mélanie Klein es un gran personaje del movimiento psicoanalítico y su obra es

considerable. Es un personaje creativo, inventor de un movimiento psicoanalítico que no se puede desdeñar. ¿Qué percibimos con respecto a ella? Bien: el dogmatismo ha renegado a tal punto de su obra que tenemos por una parte, a aquellos que rehúsan incluso escuchar hablar de Mélanie Klein, y por otra a aquellos que, a la inversa, se convierten en instituciones "kleinianas" y repiten el kleinianismo como un dogma. Hay que aclarar que el kleinianismo se presta muy particularmente a ser un dogma, una mecánica, ya que tiene conceptos relativamente estrechos, a los que se puede hacer funcionar casi como una máquina: lo bueno y lo malo, lo de adentro y lo de afuera. Así, cualquiera que sea un poquito limitado puede llegar a entrar en esa mecánica, y desgraciadamente no toda la gente es creadora. Percibimos también que no se quema a Mélanie Klein pero que se la excluye, se la encierra dentro de un plano que es desfavorable tanto para el kleinianismo como para los que no lo profesan. Empleo también en el título porque evidentemente Mélanie Klein, dentro de su investigación de las profundidades del ser humano, tiene algo de bruja. De hecho, ella analiza los demonios que habitan en el ser humano. Son sus famosos objetos malos. Es más: ella los toma tan en serio como lo hacía en la Edad Media la gente que exorcizaba a los poseídos. El psicoanálisis no es contrario a la idea del demonio e incluso Freud se interesó enormemente en ella y llegó a decir que la teoría de la posesión es casi el psicoanálisis. Bien: yo no pienso, de ninguna manera, que se deba quemar a Mélanie Klein —pero menos pienso que debamos encerrar sus enseñanzas en un ghetto. Mi conclusión es, entonces, que no hay que matarla ni marginarla sino *hacerla trabajar*, eso quiere decir hacer trabajar su propio texto y la experiencia que de allí se desprende. En este caso concreto, se trata entonces de hacer ver cómo en ese texto aparentemente monolítico hay fases o planos que no funcionan del todo bien, qué puede hacerse para desarticularlo y, a la vez, rearticlarlo.

—Pasemos ahora a su segunda conferencia.

—Mi segunda conferencia tiene un título igualmente polémico: "El estructuralismo ¿sí o no?". Y advierto que no respondí a esa pregunta porque hacerlo en términos de sí o no es proceder como lo hacen los estructuralistas y, por tanto, caer en su misma trampa. Yo formulé entonces esa pregunta pero evité caer en la trampa que plantea. En cambio, traté de hacer una suerte de balance del estructuralismo. Como se sabe, el estructuralismo es ya un fenómeno histórico, a esta altura cumplió treinta años de vida y podemos entonces empezar a hacer un balance de él. Es decir, ver cuáles son sus aportaciones y cuáles sus aspectos negativos. Por lo demás, y en buena medida, el estructuralismo está vinculado a Jacques Lacan —pero no sólo vinculado a Lacan porque hay elementos del pensamiento psicoanalítico que remiten a la estructura ya en el propio Freud. Y, haciendo un paréntesis, yo hablé hace un momento de la necesidad de hacer trabajar a Mélanie Klein —pero, contrariamente, no pienso que en la actualidad podamos hacer trabajar a Lacan. ¿Por qué? Porque aún hay demasiado monolitismo en el pensamiento lacaniano para que de verdad lo podamos hacer trabajar. No obstante, eso no impide que se comience a hacer una crítica de las cuestiones teóricas lacanianas. Ahora bien: centré mi exposición ante todo en la famosa fórmula de Lacan que reza que el inconsciente está estructurado como un lenguaje. Es una fórmula a la cual no me adhiero. No me adhiero ahora ni incluso antes, en un antiguo artículo en el que ya discutía esa fórmula. Por un lado, pienso que no todo lenguaje está tan

estructurado como pretendemos, y que existen lenguajes muy estructurados y otros menos estructurados. Se trata de un problema que corresponde resolver con los lingüistas. No todo lenguaje es un lenguaje electrónico, que sería el *maximum* de la estructura. Y lo que permite la creatividad del lenguaje está allí donde éste no está tan fuertemente estructurado, en aquella zona que le permite desarrollarse y enriquecerse mediante lo que llamamos las metáforas y las metonimias. Por otro lado, existe el hecho de que el inconsciente es lo opuesto a una estructura, e incluso si yo tuviera que definir al inconsciente lo definiría como algo desestructurado. Desde este punto de vista, tampoco el inconsciente comprende elementos de lenguaje: comprende representaciones, e incluso si hay palabras inconscientes, estas palabras son tratadas como cosas.

—¿En qué sentido?

—Se trata de algo muy preciso. Supongamos que usted sueña y que en el sueño alguien pronuncia la palabra "mesa". Mesa es un elemento del lenguaje, ¿no es cierto? y, como dicen los estructuralistas, mesa puede insertarse en una serie tal que incluya al sofá, a la silla, al mueble, etcétera; por otro lado, puede insertarse en otra serie colocando un verbo y un adjetivo: "la mesa es pequeña", "la mesa es grande", "la mesa es redonda", etcétera. Es por el hecho de que está tomada en las articulaciones tanto de sustitución como de coordinación que "mesa" es un elemento del lenguaje. Y usted encuentra la palabra mesa en los diccionarios con sus diferentes posibilidades de articulación que la definen. He aquí la *palabra* "mesa". Pero supongamos que usted soñó que alguien pronunció la palabra mesa. ¿Qué hace el psicoanalista? Justamente no se ocupa de esa significación codificada de la palabra mesa. Lejos de que mesa lo remita a un código pre-establecido, al código social, que hace que todos estemos de acuerdo acerca de la palabra mesa, lo llevará, por el contrario, a un dominio donde no hay ningún acuerdo. Así, la primera cosa que hará el psicoanalista será preguntarle, para saber qué quiere decir la palabra mesa en su sueño, por ejemplo: ¿quién pronunció ayer la palabra mesa? Y, supongamos, usted responderá que fue un amigo quien pronunció la palabra mesa y que estaba llorando la muerte de su hijo. Y entonces podremos decir que en ese sueño la palabra "mesa" quizá signifique la muerte de un niño. Como ve, mesa no entra en el código social sino que hay que encontrar otro código para descifrarla, un código puramente individual y que está ligado al hecho de que mesa fue pronunciada en un momento preciso y que remite por asociación a tales y cuales elementos, experiencias o sentimientos. En esta medida, la palabra mesa que usted pronunció en su sueño es tratada como una cosa, lo que equivale a decir que, si apareciera una imagen de una mesa, y no la palabra mesa, sería exactamente la misma cosa. Es tratada como una cosa en donde hay que reencontrar las conexiones. Es decir: encontrar un código pero, insisto, un código puramente individual. Daré aún otros elementos. El lenguaje se caracteriza por la presencia de la negación. Es imposible hablar sin que ésta esté presente. Es decir, en el código mismo, sin que mesa signifique a su vez que es *no silla*. Y nadie puede hablar, ni nosotros podríamos hacer una entrevista, sin que de manera pronunciada o latente no fuera posible la negación. Si digo algo es porque al mismo tiempo excluyo algo. La posibilidad del juicio, que es coextensivo al hecho de hablar, supone la presencia de la negación. Ahora bien: lo que observamos en el plano del inconsciente es que la negación no

existe. Allí coexisten las cosas más contradictorias, como el amor y el odio, la mesa y la silla, lo bueno y lo malo y coexisten sin excluirse ni entrar en oposición. He ahí entonces otra razón por la cual la idea de inconsciente es incluso enemiga de la estructura.

-No sé si usted recuerda que Roland Barthes dijo alguna vez que el lenguaje es fascista...

-Sí, sí, lo recuerdo. Yo no diría eso, pero tampoco Barthes lo dijo así ya que precisó el lenguaje poético no es fascista. Lo cierto es que el lenguaje, (y por eso es que yo hablé de *maximum* del lenguaje binario), el lenguaje de las máquinas que hoy nos invade, y que es tan eficaz, es un lenguaje binario, funciona por sí y por no —no existe allí otra posibilidad. Entonces podemos decir que ese lenguaje es fascista.

-Mencioné la frase de Barthes porque en la medida en que se busca estructuralizar al lenguaje, o incluso al sueño, o a la palabra, o al inconsciente, se corre el riesgo de convertirse en fascista.

-Sin duda. Si usted quiere, la interpretación psicoanalítica también puede ser totalitaria (digámoslo así, y no fascista). ¿Qué es una interpretación totalitaria? Si yo interpreto: usted soñó con la palabra mesa, y eso quiere decir la muerte de un niño, y a partir de ello en su discurso reemplazamos la palabra mesa por la muerte de un niño, estamos en presencia de un código absoluto. Y eso es lo peligroso porque se trata de una interpretación reductiva. Es decir que un elemento que es interpretado desaparece ya que, a partir del momento en que se lo disoció, no es nada más. Y encontramos esto no sólo en el psicoanálisis, sino también en las interpretaciones políticas, en las religiosas, por todos lados en fin. En todo caso —vuelvo a mi ejemplo—, podemos preguntarnos por qué es una mesa la que aparece significando la muerte del niño. Y es que si el individuo debe enriquecerse, debe conservar a la vez lo que es interpretado y lo que permite interpretar. Es a eso a lo que llamo no estructuralización, sino simbolización, y para mí el proceso de simbolización debe ser de enriquecimiento y no de reducción. La interpretación no debe ser arbitraria y, al mismo tiempo, no debe destruir aquello que interpreta y tiene que conservarlo enriqueciéndolo. Es algo que de alguna manera se acerca a la poesía.

-Hablemos ahora de su última conferencia en México.

-Mi tercera conferencia la titulé "El psicoanalista y su cubeta". En realidad se trata de una reflexión sobre la situación psicoanalítica. Llamo situación psicoanalítica no sólo a la situación que se crea en un gabinete de psicoanalista entre éste y su paciente, a aquello que llamamos situación de la cura, sino también a la propia situación del psicoanálisis. Ocurre que para mí hay una relación muy próxima entre la situación de la cura y la del psicoanálisis en su entorno: en su entorno científico —porque eso le plantea un problema epistemológico: saber qué es— y en su entorno social. Ahora bien: ¿qué quiero decir con eso de la cubeta? quiero decir que el psicoanálisis se constituye no como una disciplina hegemónica que quiera explicarlo y dominarlo todo, sino que lo hace en el interior de un recinto cerrado que yo llamo la cubeta —aunque hay otra metáfora que podríamos usar aquí: la del ciclotrón, el acelerador de partículas. Es decir que la cura es como una especie de acelerador de partículas, —y sabemos que esas partículas pueden ser aceleradas a partir del momento en que cerramos algo, en que formamos

un recinto. ¿Qué supone esa imagen del ciclotrón? Que aquello que se desenvuelve en el psicoanálisis es algo de un nivel energético considerable, y en la medida en que se produce en un recinto cerrado es algo, metafóricamente hablando, del orden de la energía termonuclear. ¿Y qué pasa entonces con la noción de cubeta? Yo digo: lo que hay en la cubeta es el amor y el odio, y lo que está afuera de ella, lo que existe pero está fuera de la cubeta, son los problemas de adaptación. Como se sabe en la vida cotidiana los problemas de adaptación están sin cesar mezclados. Creemos que comemos a cierta hora para alimentarnos y sobrevivir, pero sabemos que también lo hacemos por razones de amor y de odio que hay que descubrir. Así, todo comportamiento humano tiene a la vez un aspecto adaptativo y un aspecto de amor y odio— un aspecto, como decimos, libidinal.

Entonces la cubeta del psicoanálisis consiste justamente en separar los problemas adaptativos del problema libidinal, y examinar el comportamiento humano y hacerlo desarrollarse y enriquecerse desde un punto de vista fundamental: el del amor y el odio. Es una cubeta de amor, si usted quiere.

-¿Podría hablar de la relación del psicoanálisis con el lenguaje poético, al cual hizo alusión?

-Amo la poesía aunque no sea poeta, y pienso que la comparación es siempre una comparación. No pienso que el psicoanálisis poético quiera decir "inventar" (crear), en el sentido griego del término. Pero pienso que el psicoanálisis es creador, que es enriquecedor— y que sus vías de enriquecimiento son diferentes de aquellas de la poesía. Es decir que no se trata, desde mi punto de vista, de que el psicoanalista se ponga a hablar poéticamente.

-Es evidente que no. Pero usted empleó antes una palabra clave en este contexto: la simbolización.

-Exactamente. A diferencia de la poesía del poeta, que no sigue sino su inspiración, y que no explora su inconsciente sino que más que nada lo deja advenir a la palabra, en el caso del psicoanálisis podemos decir que se trata de una poesía reglada, una poesía que sigue un paso a paso, que se controla a sí misma y que lo hace a través de un diálogo. La gran diferencia está en que en efecto éste se realiza dentro de un diálogo. Por supuesto que hay poesías que pueden ser colectivas, pero no son poesías que encuentren su verificación y su control. La poesía se produce en plena libertad. Su pregunta nos llevaría, en este contexto, a interrogarnos sobre lo que puede decir el psicoanálisis de las actividades literarias, y de allí al psicoanálisis que se denomina aplicado. Lo cierto es que hablar de un poeta psicoanalíticamente, es muy osado, y que carecemos de elementos para examinar la relación entre la poesía y el individuo. Lo mejor es, en estas circunstancias, dejarse encantar por la poesía. Por otra parte creo que el psicoanálisis es más indicado para estudiar los efectos de la literatura que para analizar su creación. Y finalmente encuentro que uno de los lugares donde el psicoanálisis resulta más acertado, como lo muestra Freud, es a través del género del chiste, y aquí advertimos que no se trata de hacer la psicología de aquel que produce el chiste —o el texto, en este caso—, sino de ver cómo actúa y cuál es su efecto. Desde mi punto de vista un psicoanálisis de los efectos está más al alcance del analista, ya se trate de la literatura, o de otra manifestación cultural, que el fenómeno de la creación mismo.

* Juego de palabras entre *baquet* (cubeta) y *bouquet* (ramillete) *d'amour*. N. de R.